

Hace mucho que yo no hablaba de nuestros asuntos mexicanos con mi querido y admirado «Azorín». Pero los problemas aquí y allá son, en el fondo, comunes. Y «Azorín» sabe que lo que más importa es predicar la cordialidad. No sólo la cordialidad entre los pueblos—cosa vaga, entes abstractos con quienes nunca nos confrontamos de hecho, por lo cual esta cuestión no supone un problema de la conducta—sino la cordialidad entre los hombres, la de todos los días. No quiere esto decir que haya que pasarse la vida entre abrazos efusivos. El do de pecho no es, para la voz, la mejor escuela. Basta el registro medio, equilibrado, de la buena voluntad. De la buena voluntad... y del buen humor, amigos míos! «¡Que me traigan al vendedor de felicidad!», gritaba, en sus abatimientos, el amable Daudet. Yo os propongo que gritéis cuatro o cinco veces al día: «¡Que me traigan al vendedor de buen humor!» El buen humor es el clima de la flor y del fruto, es la nodriza del alción, de los griegos, que incubaba las horas mejores.

El P. E. N. Club, este ensayo estratégico para centrar, para movilizar la voluntad literaria y coordinarla de pueblo a pueblo, va a prestarnos utilísima ayuda en la guerra santa contra la incompreensión, que es la fuente de la discordia. Porque la diferencia de sentir no es discordia. Ya dice el viejo refrán español: «Dios me dé contienda con quien me entienda!» ¡Preciosa sentencia!

Afortunadamente, nuestro orbe hispánico va dando ya buenos ejemplares de animales políticos, de hombres que son como centro de reunión para los demás hombres, capaces de sacrificar a la inteligencia común algo de su comodidad propia. Enrique Díez-Canedo no descansa hasta agotar cuantas noticias literarias sobre nuestra América aparecen en la andanada de periódicos que todos los días descarga el correo en las redacciones madrileñas. Juan Ramón Jiménez, el solitario, el egoísta pastor de estrellas (¡qué complejas son las cosas vistas de cerca!) no escatima esfuerzo alguno cuando hace falta corregir las pruebas de imprenta de sus amigos, o ayudarlos a elegir el tipo, el papel, el formato, la cubierta de un libro. Escojo al azar, estos ejemplos, y de propósito los busco entre los ejemplos de virtudes modestas. No hace falta, para lo ordinario de la vida, mayor desprendimiento. Que para lo extraordinario y heroico, no sé por qué se me figura que todos estamos un poco capacitados; y más en esta brava tierra donde somos mejores para pelear y morir que para mantener la amistad con el vecino durante quince días seguidos. En este orden de la política literaria, me complace recordar al excelente Joaquín García Monge que, desde su pequeña Costa Rica, acierta, solo, a recoger el eco de nuestra América y de España. Y ¿quién pondría en duda la eficacia de lo que, en este Club de México, y después de cierta célebre sátira, ya podemos llamar «las pajaritas de papel de Genaro Estrada?» Ese breve mensaje agudo—guiño oportuno, palmadita en el hombro—viene a recordarnos, cada tantos días, el deber social de las letras, la orientación más pura; nos trae la última noticia sobre la labor del compañero; rectifica el tacto de codos; organiza e inspira. Yo os invito a que colaboréis todos, con vuestras ideas y noticias, en esta nueva manera de conversación. La pajarita de papel, desarrollada como yo la concibo, vuela y cruza el mar, anda los continentes, y crea la comunicación en las literaturas.

Y nada más: no quiero reaccionar con demasiadas protestas de gratitud ante la efusión de vuestra acogida. Prefiero que esta emoción se me quede adentro, y me sirva de alimento para las nuevas ausencias que me aguardan. Y no olvidéis que, yo mismo, soy vuestro mensajero, vuestro centinela destacado en tierras extrañas; que, donde quiera que yo esté, habrá atención para vuestra obra. Dadme, como hasta ahora, vuestra con-

fianza. Decidme, qué queréis que os traiga para México. Dadme—si me permitís parodiar mis viejos versos—«dadme obras que cumplir»

ALFONSO REYES

## Alfonso Reyes

(De Revista de Revistas, México, D. F.)

"Y otra vez, golondrina de los recuerdos, vuelves como siempre".

1

EL humanista ha regresado a la patria. En largos años de ausencia pulió su espíritu con el contacto de otras gentes, que en el Viejo Mundo elaboran el tesoro de la civilización. Su espíritu es el mismo, agil, vigoroso, sencillo, sincero, inasible. Su característica fué siempre la inquietud mental, la curiosidad inextinguible, el desbordamiento interior ceñido a lo que dictan el criterio ponderado y el gusto excepcional. Pero el instinto, que es intuición, constituye el fondo dinámico de su naturaleza: «La libertad—dice—será de aquel para quien el raciocinio sea un peldaño ligeramente tocado, rozado apenas.... La libertad del que se hace señas con las cosas». Alfonso ha pasado su vida guiñándoles el ojo en una complicidad perfecta.

Porque hay dos maneras de entender el mundo: la manera interior y la exterior. Quienes entienden la vida exteriormente, son los espíritus amplios; quienes interiormente la comprenden, son los espíritus profundos. El peligro de la amplitud es la superficialidad; el escollo de la profundidad, el aislamiento. El ideal sería, claro está, ser amplio y profundo a la vez; pero estos espíritus geniales son muy escasos: espíritus *marítimos*, llenos de misterios como el océano y transparentes como él. Plotino fue un alma original y profunda, pero impenetrable. Ni Dios mismo permitió que se le acercara sino una o dos veces en el calor del éxtasis. Erasmo y Voltaire fueron amplios espíritus, reflejaron su siglo, modelaron su época, abarcaron su sociedad; por eso han muerto un poco para las otras épocas y los siglos, que siguen pasando. Platón fué amplio y profundo a la vez, por eso todavía fulgura como una estrella fija, a la luz de cuyos rayos, que no calientan pero sí iluminan, podemos deletrear las bellezas del Fedro o del Fedón. Y la humanidad seguirá, indefinidamente, ante esa estrella fija del Atica, deletreando sus coloquios inmortales.

2

Nuestro amigo es un espíritu profundo, pero no deja de ser un amplio espíritu. Jamás vivirá recogido en su torre. Como el renaciente francés, deja que entren a su biblioteca los rumores del tumulto social; pero sabe salvar el alma, porque, al fin, no es del tumulto, sino del ideal. Aun en el solar castellano asistía al desenfreno de nuestras pasiones políticas, sin desencarnarse de la patria, pero sin que hasta él llegara el vaho de la sangre vertida, que a tantos nos nubló la vista con su trágico horror. En Madrid vivía en México. Ahora, en México, vivirá un poco en Madrid.

3

Alfonso posee la curiosidad de las ideas, sobre todo de las ideas bellas y sutiles. Las capta, las acaricia, las exorna sin prostituir las, las compone en ramilletes de gusto exquisito, las echa a volar. Después las llama de nuevo a su corazón, les sacude el polvo de las alas y las deja bien